

APRENDER A QUERER Jorge Yarce

El verdadero problema del hombre no es no tener, es no querer (Thibon)

A veces, confundimos querer y amar, porque en el lenguaje común se usan como sinónimos. Pero, hablando más estrictamente, son distintos, aunque muy entrelazados: el querer es la voluntad en acción, lo que nos permite llevar algo a la práctica.

Amar en cambio es querer a alguien con quien establecemos una relación profunda, y con quien nos unimos en la amistad, en la filiación, en la paternidad, o en el amor, para compartir algo común a los dos. Sin ese amor la vida se desorienta. Y sin una voluntad capaz de querer, no es posible amar a nadie.

El querer es el motor de la voluntad y de la libertad. Si sabemos querer podremos llegar a amar, y el amor debería ser la palabra y la realidad que predominara en nuestra existencia.

La cita del comienzo, nos recuerda que “El verdadero problema del hombre no es no tener, es no querer (Thibon)”. Y, como consecuencia, no dejarse querer. Esto es preocupante.

Si nos falta algo material, por mucho que nos parezca indispensable, no lo es. Pero si nos falta algo espiritual –el querer–, eso sí es verdaderamente preocupante.

El problema al que hay que temerle de verdad es a una voluntad enferma, a encontrarnos con que no queremos nada, con que no tenemos voluntad y, por lo tanto, la libertad está amenazada en la raíz. Si eso pasa, no es extraño que la vida de las demás personas empiece a importarnos poco.

Ni el entendimiento puede entender sin la voluntad, ni la voluntad puede querer sin el conocimiento previo que le facilita la inteligencia.

Según desde donde se mire, se puede establecer la prioridad de una u otra: la inteligencia le propone a la voluntad lo que va a ser objeto de su querer y, de otro lado, la voluntad mueve a la inteligencia a conocer.

Lo que nos interesa ver es cómo en la práctica la persona fija su voluntad de modo estable en el bien que necesita conseguir, porque no puede permanecer en actitud de indecisión o inseguridad en su conducta, ni quedarse sólo en buenas intenciones.

Hay que actuar, hay que tomar decisiones, hay que expresar propósitos (decisiones anticipadas sobre el futuro) y ver si se cumplen.

Hay que tener rectitud en las intenciones y en las acciones, que quiere decir capacidad de la voluntad para rectificar constantemente el rumbo de la propia conducta.

Podríamos decir que, a estos efectos, es más frágil la voluntad que el entendimiento. Por eso ocurre que aunque tenga muy claro lo que debo hacer en mi vida, no me resulte tan fácil saber cómo voy a lograrlo.

Muchas veces hay más preocupación, en el ámbito de la educación, por formar la inteligencia que la voluntad. Porque los resultados de la voluntad son menos medibles, aparentemente, que los de la inteligencia. Pero son igual de importantes o más, porque comprometen el obrar entero.

Quien dice la voluntad dice el entorno cercano y decisivo para ella: los sentimientos, todo lo que escapa a la esfera de la razón, esa otra forma de “razonar” que tiene el cerebro humano, la inteligencia emocional.

Paso a paso se llega

Tratemos de entender un poco el proceso de la voluntad:

- La *concepción o representación*, que consiste en captar la realidad de los objetos: sensibles o inteligibles. Sin esa representación, la voluntad no se mueve. Ya tengo una idea de lo que quiero, y al empezar el proceso, hay una

cierta complacencia espontánea con esa idea.

- La *deliberación* es lo que sigue: un examen atento de lo que tenemos en mente y de los medios que nos pueden llevar al objetivo que buscamos. Hago una especie de balance de pros y contras de esa idea.
- La *decisión*, o elección que conlleva una decisión, es el acto central en el que se va a poner en juego la actuación de la voluntad y el ejercicio de la libertad. Es una elección deliberada, seleccionada y voluntariamente querida.
- La *ejecución* es la ordenación y puesta en marcha de las acciones necesarias para hacer efectiva una determinada decisión.

Este proceso es complejo y está sujeto a las alteraciones que la misma voluntad puede introducir, saltándose u omitiendo pasos. Pero resulta útil para no confundir una complacencia no deliberada con una intención, o ésta con una decisión.

La voluntad puede provocar la representación, estimular la deliberación o inhibirla, ejercitar su dominio en la elección, y aplicarse a lograr el objetivo en la ejecución.

Por eso puede ocurrir que se hayan dado los tres primeros pasos y en el cuarto la voluntad se vuelva hacia atrás.

Pueden surgir algunos problemas al dar cada uno de los pasos: en la representación se dan la apatía –el no interesarse por nada, la falta de centros de interés o de motivación–, la sugestión o la hiper-emotividad.

En la deliberación pueden presentarse la pereza mental, la impulsividad, el capricho o la superficialidad.

En la decisión o elección se dan la indecisión y la veleidad.

En la ejecución la debilidad de voluntad en cuanto da lugar a inactividad, pérdida de tiempo, desorden, inconstancia, falta de atención, exceso de imaginación, etc.

“Dime lo que quieres y te diré quién eres”

Este refrán resume el poder de la voluntad en la configuración de la personalidad. Dicho con otras palabras: cada uno puede llegar a ser lo que quiere ser.

Es cuestión de proponérselo y de obrar en consecuencia. Se puede, pues, aprender a querer, que es una manera de expresar que la voluntad está siempre en proceso de formación.

Una consideración proactiva (anticipativamente responsable) de la voluntad nos lleva a examinar dos de sus modalidades prácticas que tienen gran importancia en la conducta: *la decisión* y el *propósito*.

En *la decisión*, la voluntad expresa un querer presente, aquí y ahora. Decidir es aprender a querer en presente. O sea, decir y hacer. No es sólo decidir o elegir: Es comprometerse con lo que se decide para hacerlo efectivo.

Por eso, en *la decisión* se actualiza la libertad, no sólo en relación con los fines que se proponen a la conducta, sino con los medios para lograr el objetivo que nos hemos propuesto. En el propósito la voluntad expresa un querer futuro, compromete por adelantado acciones futuras.

La *voluntad proactiva* es voluntad que propone con anterioridad, que se anticipa activamente a los acontecimientos, que no se limita a dejar que pasen (pasividad) o a reaccionar ante ellos (reactividad, por ejemplo: a una persona que grita, contestarle con gritos).

Y es *voluntad propositiva* porque no se enreda en lo negativo y busca la afirmación constructiva que propone salidas.

El *propósito* es posible porque la persona puede comprometer libremente su futuro. El esfuerzo por dar vida a los propósitos y por mantenerse en ellos, tiene que ver con la fidelidad.

La fidelidad está vinculada no sólo a la lealtad a las personas, sino al amar las realidades que nos rodean, la acción misma, el trabajo y la complejidad de acciones que están comprometidas en él.